

EL NIÑO QUE TENIA MIEDO



# EL NIÑO QUE TENIA MIEDO



10  
CTVS.<sup>o</sup>

COLECCION MARUJITA <sup>Nº 76</sup>  
ANO III

El niño que

tenía miedo

*Reuladp/952-  
8pp-122.890/951-  
nota 11/951  
\$ 3.50*

*Sección Infantil*

*115 x 160*

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL MOLINO, Buenos Aires (Argentina)

BIBLIOTECA NACIONAL  
PRINTED IN ARGENTINA  
DE MAESTROS

# EL NIÑO QUE TENIA MIEDO



Una vez había un niño, llamado Marcos, a quien no le gustaba ir a la playa. Y eso era muy raro, porque la orilla del mar es muy agradable, ya que allí se puede jugar con la arena y chapotear en el agua.

Pero Marcos tenía miedo del mar. Le parecía demasiado grande, húmedo y frío. Tampoco le gustaban las grandes olas que rompían en la playa y le bañaban los tobillos, pues le daban el recelo de que lo arrastrarían hacia alta mar.

Sus papás estaban avergonzados de él, porque, en cuanto le ponían el traje de baño y se disponían a bañarlo empezaba a gritar. No quería estar cerca del agua. Lo único que le agradaba era vadear en las pequeñas rebalsas que la marea, al retirarse, dejaba entre las rocas.

Un día caluroso y soleado, sus padres se metieron en la caseta para ponerse el traje de baño. Marcos temió que a él le obligasen a hacer lo mismo y resolvió echar a correr mientras ellos se bañaban. Tornó el cubo y la red de pescar camarones y se alejó por la arena, sin mirar atrás por si acaso lo llamaban.



### MARCOS VIÓ UNA REBALSA DE LA MAREA

Así encontró una gran rebalsa muy rara entre las rocas. Se metió en ella y pudo llegar a unas rocas muy altas, cubiertas de algas verdes. Allí no había nadie en absoluto y se vió solo y a su gusto. Rodeó una de las rocas y, de pronto, pudo descubrir una poza de agua, la más bonita de cuantas viera. A su alrededor estaba adornada con multitud de algas y el agua era clara y de color verde. La arena de fondo parecía amarilla y de un lado a otro nadaban unos seres brillantes y de hermosos colores.

Marcos se quedó mirándolos y no pudo reconocerlos. No se parecían a ninguno de los peces que había visto y, por otra parte, eran demasiado grandes para tomarlos por camarones o gambas. Tampoco eran cangrejos y le constaba que las estrellas de mar no nadaban de aquel modo.

—Voy a ver si cojo uno con la red—murmuró.

Se dirigió, pues, a la orilla del pequeño depósito de agua, empuñó el mango de la red y no tardó en pescar a uno de aquellos extraños seres.

¡Cuál fué su extrañeza al darse cuenta de que había aprisionado a un duendecillo acuático! Jadeando y con la boca muy abierta, vió a un pequeño ser, de largos y dorados cabellos y cubierto de escamas de brillantes colores, que le llegaban hasta las rodillas.

El niño casi dejó caer la red, tan sorprendido había quedado. Luego, temeroso de que aquel duendecillo se muriese fuera del agua, como les ocurre a los peces, llenó el cubo de agua salada y, con el mayor cuidado, metió dentro al duendecillo. Éste empezó a nadar de un lado a otro, con el cabello flotante. Además profería unos ruidos extraños, como si estuviese asustado. El niño lo contempló muy asombrado. Sin duda habría de mostrarlo a sus padres, porque valía la pena.

De pronto oyó una voz aguda que lo llamaba desde la rebalsa y notó que uno de los duendecillos se encaramaba a su lado por la roca. Aquel pequeño ser apoyó su manecita en el desnudo brazo del niño y le dijo:

—Por favor, suelta a mi hermana. No te la llesves. Se moriría de miedo si tal hicieses. Por favor, devuélvenosla. Mira cuán asustada está.

El niño miró al cubo y se convenció de que la pequeña duendecilla estaba, realmente, llena de temor. Y se compadeció de ella, porque también sabía lo que era miedo.

—Bueno — dijo al duendecillo que tenía al lado. — Te devolveré a tu hermana, porque no quiero asustarla.

Con el mayor cuidado, levantó el cubo y lo vació en



—¿TE GUSTA, MARCOS?—LE PREGUNTARON LOS  
DUENDECILLOS

la rebalsa. Entonces oyó un grito de alegría y, con gran sorpresa de Marcos, casi un centenar de aquellos individuos salieron del agua y, rodeándolo, lo abrazaban como podían con sus mojados brazos.

—Eres un niño muy bueno — exclamaron con sus agudas vocecitas.—Si deseas alguna cosa, pídenosla.

—No deseo nada, muchas gracias. Tengo cuanto necesito y, además, no quiero que me regaléis cosa alguna por haberme portado bien. Sabed que habría sido incapaz de haceros daño.

—Pues ven a jugar con nosotros—exclamó la duendecilla a quien él había soltado.

Y, al mismo tiempo, lo agarró con sus manecitas.

—No, muchas gracias — contestó el niño. — No me gusta mucho bañarme. El mar me da miedo. ¡Ojalá no fuese así!

—¡Ha expresado un deseo!—exclamaron a coro los duendecillos. — ¡Ha expresado un deseo y nosotros lo cumpliremos! Acércate, Marcos: cómete el extremo de esa alga roja que tienes al lado y entonces serás tan pequeño como nosotros y podrás jugar en nuestra compañía.

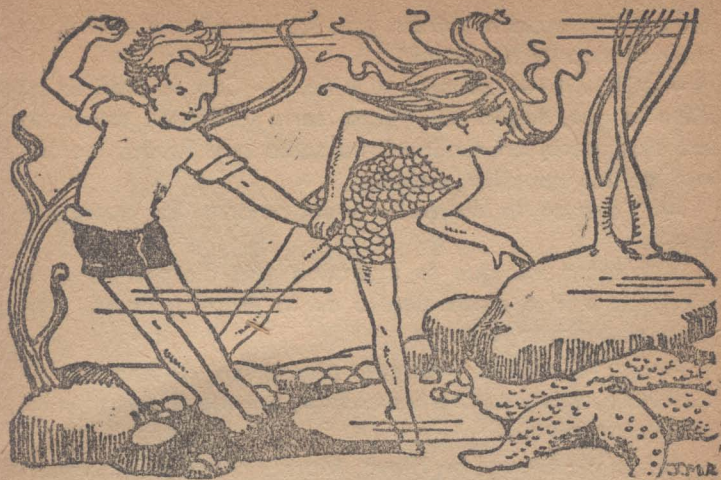
El niño hizo lo que le indicaban y, en el acto, resbaló de la roca y, chapoteando, cayó al agua. La pequeña rebalsa le parecía tan grande como un lago.

—¿Te gusta, Marcos?—preguntaron los duendecillos, nadando a su alrededor.

El niño observó que, a su vez, nadaba sin esfuerzo y que aun dentro del agua respiraba con la facilidad de un pez. Aquello era maravilloso e interesante.

—¡Es magnífico! — contestó con vocecilla semejante a la de sus compañeros. — Si siempre sintiese lo de aho-





UN DUENDECILLO LLEVÓ A MARCOS AL FONDO, PARA MOSTRARLE UNA ENORME ESTRELLA DE MAR

ra, ya no me importaría bañarme en el mar con mis papás.

—Pronto subirá la marea—observó uno de los duendecillos. — Entonces podremos cabalgar en las grandes olas. ¿Te gustará eso, Marcos?

—Me parece que no — contestó el niño. — Las olas grandes me dan miedo.

—A pesar de todo te gustará cabalgar en uno de los caballos blancos del mar — dijo el duendecillo. — Y no volverás a tener miedo.

—¿Y qué es un caballo del mar? — preguntó el niño, sorprendido.

—¿No lo sabes? — contestó el otro. — Galopan debajo del agua en los días tempestuosos y sólo dejan so-

bresalir sus grandes crines. ¿No los has visto nunca? ¡Son muy blancos y hermosos!

—¡Oh, sí! — contestó el niño. — Con frecuencia he visto lo que, según me figuré, sería la blanca cresta de las olas, pero, en realidad, no sabía que fuesen las crines de los caballos marinos.

—¡Ya sube la marea! — exclamaron los duendecillos.

Y Marcos vió que se acercaba una ola grande a la roca, para ir a morir dentro de la rebalsa, donde produjo abundante espuma.

—No te asustes, Marcos, porque ya cuidaremos de ti. Ahora, ven y saldremos al mar, porque el agua ya ha subido de nivel.

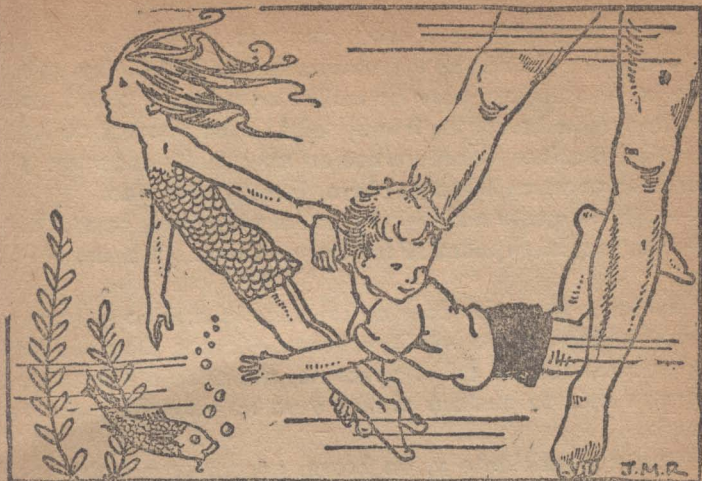
Así lo hicieron y, en breve, Marcos se vió en alta mar. Una o dos veces chocó contra unos camarones, que huían asustados.

En una ocasión un duendecillo lo tomó por la mano para llevarlo a la arena del fondo y mostrarle una estrella de mar.

—Fíjate en que en el centro de su cuerpo tiene la boca abierta—le dijo.—En realidad es un animal muy raro, compuesto de boca y de cinco brazos. Y, mira, por ahí anda una medusa. No te acerques demasiado, porque podría hacerte daño. Esos pelos que le cuelgan podrían pincharte.

Marcos vió una medusa, en forma de paraguas, que flotaba hacia él y se apresuró a apartarse de su camino. De nuevo descendió hasta el fondo en compañía del duendecillo y esperó a que pasase la medusa.

De repente notó que algo le pellizcaba el pie y profirió un grito de dolor y, al mirar al suelo, vió que tenía el pie cogido en unas pinzas.



MARCOS VIÓ DOS COSAS LARGAS QUE SE AGITABAN  
SOBRE SU CABEZA

—¿Qué es eso?—exclamó.—Mirad, duendecillos, alguien me ha cogido el pie.

—No hay cuidado—contestaron ellos, riendo.—Has pisado a un cangrejo enterrado en la arena y él te avisa así de su presencia.

—Bueno, pues decidle que me suelte.

—¡Suelta, cangrejo!—ordenó uno de los duendecillos.—Si no lo haces así, te sacaremos de la arena y te perseguiremos hasta las aguas profundas, en donde te extraviarás.

El cangrejo obedeció y luego, saliendo de la arena, echó a correr de lado, de un modo muy cómico.

Los duendecillos se llevaron al niño hacia una profundidad mayor y entonces Marcos pudo ver dos cosas largas y de color rosado, que se agitaban sobre su cabeza.

—¿Qué es eso?—preguntó, asustado.

—Son las piernas de un hombre que se baña. Más vale que no te acerques, para no recibir un golpe. Y ahora, de prisa, porque hemos de ir muy lejos, a las cuadras de los caballos marinos. Montaremos en un caballo cada uno y haremos carreras hasta la playa. Es muy divertido.

—No me gusta eso — contestó el niño, muy asustado.

— Además, ni siquiera sé montar en burro. ¿Y si me caigo?

—Nadie se puede caer de un caballo marino — contestó un duendecillo. — Sé valiente, Marcos. Después de haber montado un caballo marino, por debajo del agua, siempre más te gustará el mar y ya no volverás a tener miedo.

Siguieron adelante y, en breve, encontraron unos peces muy grandes, que nadaban abriendo y cerrando la boca. Marcos se asustó al verlos, pero pronto observó que no se fijaban siquiera en los duendecillos o en él. Uno de sus compañeros montó en el lomo de un bacalao muy grande y así recorrió largo trecho. Y los demás se rieron al ver que el bacalao se volvía rápidamente a la superficie y hacía caer al duendecillo.

—Ya estamos cerca—dijo el compañero de Marcos, señalando a un enorme edificio blanco que había en el fondo.

Estaba provisto de puertas dobles y sus paredes eran de conchas. Además estaba rodeado de grandes algas.

—¿Qué lugar es ése?—preguntó Marcos.

—Las cuadras de los caballos marinos—exclamaron varios, muy alegres.

Se dirigieron a las puertas de nácar, llamando con sus puños cerrados. En el acto se abrieron las puertas y se asomó un tritón. Era un ser muy extraño, provisto

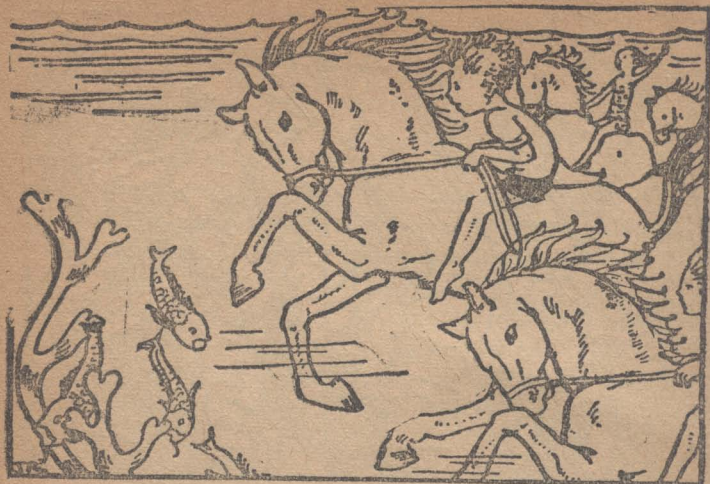


—¡CARAMBA! ¿YA ESTÁIS DE VUELTA?—PREGUNTÓ EL TRITÓN

de una larga cola de pez en vez de piernas y su cabello era de algas verdes. Tenía los ojos muy brillantes y, por sombrero, usaba una concha de regular tamaño.

—¡Hola!—exclamó.—¿Ya estáis de vuelta? Supongo que querréis montar de nuevo a caballo. Bueno, ya os están esperando. Pero tened cuidado de devolverlos una vez hayan llegado a la orilla. No los hagáis galopar por la arena, porque, de lo contrario, podrían huir, para no volver más. No los saquéis del agua.

Los duendecillos echaron a correr hacia las cuadras, llevando a Marcos, quien no tardó en ver a los caballos marinos. Eran unos animales maravillosos, de crines y cola rizadas, que hacían oscilar en el agua. Tenían unas patas muy esbeltas y los ojos brillantes como piedras preciosas. Y daban patadas en la arena, deseosos de marchar.



—¡MARCOS GANA! ¡MARCOS GANA! — GRITABAN  
LOS DUENDECILLOS

—Busca uno manso y suave para Marcos—dijo un duendecillo al tritón encargado de las cuabras.—No ha montado nunca en un caballo marino y no queremos que lo despidas.

—Mejor sería que no montase—contestó Marcos, algo asustado.

—¡Bah, no seas tonto, Marcos!—contestó su vecino.—Es muy agradable galopar en un caballo marino. Ya te buscaremos uno manso, que no corra demasiado. Acuérdate, además, de que, cuando hayas montado un caballo marino, nunca más volverás a tener miedo del mar.

Deseoso de que así ocurriese, Marcos montó un enorme caballo blanco que el tritón escogió para él. Tenía el lomo ancho y suave, y al acercarse el niño, le empujó



—¡DIOS MÍO!—EXCLAMÓ MARCOS, SENTÁNDOSE.—  
LO SIENTO MUCHO, DUENDECILLOS, PERO MI  
CABALLO HA HUIDO

carifiosamente con el hocico. Era un caballo muy bonito y a Marcos le gustó. Tenía las narices muy espesas y rizadas como la cresta de las olas. También tenía la cola rizada y tan larga, que casi llegaba al suelo cuando no la agitaba en el agua.

Los caballos blancos salieron de la cuadra al trote y cada uno de ellos iba montado por un duendecillo acuático. El tritón los puso en fila y luego se llevó a la boca una concha en forma de trompeta y la hizo resonar con gran fuerza.

En el acto todos los caballos partieron como flechas. Eleváronse hasta la superficie, de modo que sus blancas crines se asomaban por encima del agua, pero no más. Los duendecillos gritaban a Marcos que conservase su caballo con la cabeza debajo del agua.

—Permítele únicamente que haga salir sus crines— le gritaban.—Si asoma la cabeza, el viento le impedirá la respiración y se ahogará.

Marcos estaba entusiasmado. Era muy fácil sostenerse a lomos de aquel caballo y logró hacer de modo que la cabeza de éste no saliera del agua. Todos los caballos se dirigían a la orilla, de modo que la gente que estaba en la playa se puso en pie, diciendo:

—El mar empieza a alborotarse. Todas las olas tienen blancas crestas.

Marcos gritaba a su caballo que siguiera corriendo, pues quería ganar la carrera. Su montura corría con gran rapidez, de modo que, en breve, se situó a la cabeza de todos los demás. ¡Qué gritos de entusiasmo resonaron a su alrededor!

—¡Marcos gana! ¡Marcos gana! ¡Marcos gana!—exclamaban los duendecillos.—Casi ha llegado ya a la meta. Ten cuidado, Marcos, de que tu caballo no salga a la playa, porque huiría.



Pero el niño no podía contener a su caballo y, de pronto, el animal salió del mar, corriendo por la playa. Despidió a Marcos y luego huyó con la rapidez del viento, dejando al niño en la arena y sin aliento.

—¡Dios mío!—exclamó, sentándose.—Lo siento mucho, duendecillos, pero se me ha escapado el caballo.

Oyó el gorjeo de excitadas voces y luego vió a alguien en pie a su lado. Era su padre.

—¿Te ha derribado esa ola, Marcos?—preguntó su papá.—De pronto he visto una ola enorme que se precipitaba a la playa, y, al retirarse, te vi tendido en la arena. Sin duda te ha derribado.

—¡Oh, no, papá! No era ninguna ola—contestó el niño,—sino un caballo marino. Yo lo montaba.

—Sin duda has soñado eso—dijo su padre, riéndose.

Y no quiso creer nada de lo que Marcos le contó de su aventura.

—Creeré lo que me cuentas si, en adelante, no tienes miedo del mar—contestó.—Y si es cierto que has montado un caballo marino, ya no tendrás inconveniente en bañarte.

—¡Claro que no!—contestó el niño.—Voy a hacerlo ahora mismo. Así te convencerás.

Y, con gran sorpresa por su parte, Marcos se bañó por su propio impulso. No tenía ningún miedo.

—Bueno, bueno—dijeron sus papás, asombrados.—Sin duda has corrido todas esas aventuras, Marcos. Es algo muy raro. Cuando haya bajado la marea, iremos en busca de la rebalsa, llena de duendecillos.

Creo que tienen la intención de ir mañana. No sé si lograrán su objeto. Marcos dice que si encuentra aquel lugar, invitará a sus amiguitos para que vayan con todos los duendecillos del mar a conocer el fondo y montar en los caballos marinos.



## EL LABERINTO

En este laberinto hay oculta una figura. Hay varias entradas al laberinto, pero sólo una de ellas, después de muchos rodeos, nos llevará al punto de partida sin necesidad de cruzar ninguna línea. Las demás entradas son falsas, pues no tienen salida. Tómese un lápiz y empíese en una de las entradas. Se trata de hallar un camino a



## MISTERIOSO

través del laberinto que lleve a la parte exterior del mismo, saliendo por la abertura de entrada. Cuando se haya seguido el camino verdadero aparecerá marcada con lápiz la silueta de una figura.

Llénese la silueta con lápiz o tinta y aparecerá la figura oculta. (La solución del laberinto misterioso de la semana anterior está en la pág. 32).

## EL PALACIO DE JUGUETE

Donato y Magda tenían una gran caja de piezas de construcción. Los ladrillos eran de todos los colores y con ellos podían construir casas, palacios y castillos.

Una mañana de sol, su mamá les dió permiso para llevar la caja al jardín y construir un palacio. Dióles también una hoja grande de cartón para que sirviese de suelo de la casa y en cuanto los niños estuvieron en el jardín, Donato propuso:

—Hoy construiremos un palacio, de acuerdo con el modelo que hay en el cuaderno.

A la niña le gustó el proyecto y ambos empezaron a disponer debidamente las piezas del juego. La construcción era difícil, pero resultaba muy agradable. Poco a poco empezó a crecer el palacio y cuando mamá salió a contemplarlo le pareció muy bien.

—Es digno de una princesa—dijo.

Poco después de merendar dieron fin a la construcción. Elevábase en medio del jardín, y sus torrecillas le daban un aspecto muy gracioso. En aquel momento su mamá les llamó, diciéndoles:

—¡Venid aquí, niños! Ha llegado Pedro, para invitarnos a probar su nuevo columpio.

Donato y Magda dejaron el palacio y, dirigiéronse a la puerta del jardín, donde Pedro, efectivamente, les esperaba.

—¿Queréis venir?—preguntó.—He terminado la construcción de un columpio con el tronco de un árbol y una plancha muy larga, de madera.

Salieron los tres y aquella noche los dos niños, al acostarse, no recordaron su palacio. Habíanse divertido



DONATO Y MAGDA SALIERON A LA PUERTA DEL JARDÍN, DONDE ENCONTRARON A PEDRO

tanto con el columpio de Pedro, que ya no pensaron más en su construcción.

Por la noche llovió mucho, pero los niños estaban ya dormidos y no se enteraron.

Fuera, el palacio se mojaba cada vez más. Al poco rato brillaron en el jardín numerosos y pequeños farolitos y se oyeron unas voces agudas. Los gorriones, que estaban posados en las ramas de los árboles, las oyeron y, en voz baja, se dijeron:

—Son los duendecillos. Darán una fiesta esta noche. Es lástima que se la estropee la lluvia.

En efecto, así fué. Los duendecillos estaban muy disgustados, porque aquella noche se celebraba el cumpleaños de la princesita Prunela.

—¿Qué haremos?—se preguntaban registrando el jar-

dín con sus farolitos.—La hierba está demasiado mojada para bailar en ella y, además, se estropearán nuestros pasteles.

—¿Qué es eso?—preguntó, de pronto, un duendecillo vestido de verde y señalando el palacio.—¡Mirad! Es un hermoso palacio. Precisamente lo que nos hace falta para celebrar la fiesta.

Los duendecillos fueron a contemplarlo; luego penetraron en él y examinaron la gran sala que contenía.

—¡Aquí está todo muy seco!—exclamaron.—El tejado es muy bueno y no lo ha atravesado la lluvia. Sin duda lo han construído los niños de la casa. Vamos a utilizarlo para la fiesta de esta noche.

—¡Oh, sí!—dijo la princesa Prunela.—Me gustaría mucho. Id en busca de las mesas y los taburetes, y ya veréis cómo nos divertimos.

Poco después, en el interior del palacio resplandecían multitud de faroles que alumbraban mesas y taburetes de oro. En las primeras se veían toda suerte de pasteles y jarros de limonada. El suelo de cartón no tardó en quedar pulimentado y los músicos ocuparon su sitio para tocar alegres bailes.

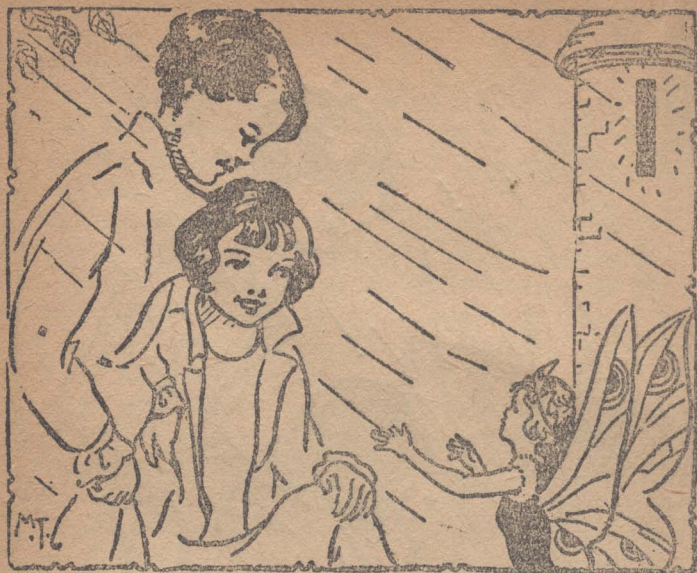
Me gustaría que hubieseis podido presenciar aquel espectáculo. Los duendecillos bailaban muy alegres. Hablaban con sus agudas vocecillas y la princesa Prunela estaba sentada en un trono dorado y, muy satisfecha, observaba a todo el mundo. Resplandecían las luces y nadie habría podido creer que el palacio era de juguete y que fué construído aquella misma tarde.

Mientras tanto llovía a más y mejor, de modo que, al fin, el ruido de la lluvia despertó a Donato. Sentóse en la cama y entonces recordó que había dejado en el jardín el palacio de juguete.

—¡Magda, despiértate! ¿No sabes que nos olvidamos



—DENTRO HAY GENTE—MURMURÓ MAGDA



—¿NO OS SABE MAL?—PREGUNTÓ LA PRINCESA PRUNELA

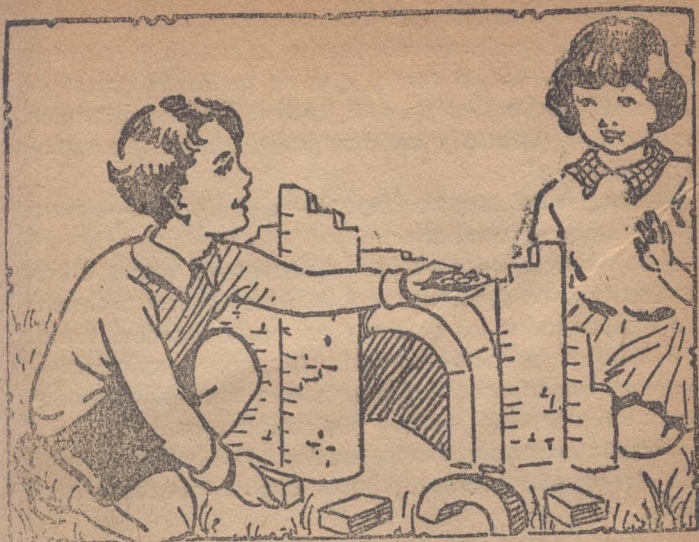
el palacio en el jardín y que ahora está diluviando? Mañana por la mañana estará estropeado y mamá se enojará con nosotros.

—¡Tienes razón!—dijo la niña, incorporándose.—Lo mejor será que nos pongamos los impermeables y las botas de goma, y vayamos a recoger todas las piezas.

Se vistieron y, poco después, se hallaban en el jardín, pero, al llegar a poca distancia del palacio, se detuvieron asombradísimos.

—¡Hay gente dentro!—dijo Magda.—Está lleno de faroles y, además, suena la música.





### DONATO LE MOSTRÓ UN PLATITO DE ORO LLENO DE PASTELES

Ambos se quedaron contemplando el palacio, asomándose para mirar al interior.

—¡Son duendecillos!—exclamó Donato.—¡Qué cosa tan extraordinaria! Mira cómo se divierten en su interior. ¡Qué suerte haberlo dejado esta noche!

De pronto, uno de los duendecillos dió un grito y señaló a los niños, que estaban acurrucados para mirar por la puerta y por las ventanas.

—¡Mirad!—exclamó.—¡Aprisa, huyamos!

—De ninguna manera—contestó Donato.—Estamos muy satisfechos de que utilicéis nuestro palacio. Habíamos salido para recoger nuestras piezas y meterlas en casa, a causa de la lluvia, pero, al veros, hemos desistido. Continad vuestra fiesta.

—¿No os importa que continúe la diversión?—dijo la princesa Prunela asomándose a la puerta y mirando a las nubes.—Llovía tanto, que no podía pensarse siquiera en dar la fiesta en el jardín. Pero encontramos ese hermoso palacio y creímos poder usarlo. ¿Lo estropeará la lluvia?

—Aunque así sea, no importa—dijo Donato.—Ahora no queremos derrumbarlo.

—Sois muy buenos—dijo la princesa—y vamos a hacer una cosa en vuestro obsequio. Al amanecer ordenaré que sequen todas las piezas y así no le sucederá nada.

—Muchas gracias—contestó Magda, agradecida.—Eres muy bondadosa. Y ahora, buenas noches. No podemos continuar aquí, porque nos mojaríamos.

Una vez en su dormitorio, los dos niños hablaron largo rato de aquella aventura, hasta que se quedaron dormidos.

A la mañana siguiente se apresuraron a ir al jardín. Encontraron el palacio completamente seco e iluminado por los rayos del sol.

Refirieron lo ocurrido a su mamá, pero ella no quiso creerlo y se figuró que lo habrían soñado.

—No es posible que todo fuese un sueño—dijo Donato a su hermana mientras ambos se ocupaban en desmontar el palacio.—Mira—añadió de pronto.—¡Mira eso!

Y tomó un diminuto plato de oro, lleno de pasteles de excelente aspecto.

—Eso lo han dejado los duendecillos—dijo.—Así nos creerá mamá.

La buena señora no tuvo más remedio que dar crédito a sus hijos. Y éstos se disponían a comer aquellos pasteles a la hora de la merienda. No me extrañaría que les sucediese algo raro.

## EL CABALLO BLANCO

En el campo del granjero Gil pacían diez y seis hermosos caballos. Algunos eran de color castaño, otros negros y uno solo blanco. Y como era el único de este color, él se figuraba ser más importante que ninguno de sus compañeros.

—Todos vosotros sois caballos ordinarios—dijo una vez a los otros.—Yo soy blanco desde el hocico a la cola. Por lo tanto, es necesario que me nombréis vuestro rey.

—No seas tonto—le respondieron los demás caballos, volviéndole sus anchas grupas como dando a entender que no hacían caso de sus palabras.

Pituso, pues tal era el nombre del caballo blanco, se dirigió al trote al estanque y se contempló en sus límpidas aguas.

“Mi crin está bastante larga y despeinada—dijose a sí mismo, tras larga contemplación.—Me parece que con vendría cortármela. Tal vez si me pongo muy elegante, y me hermosteo, los demás, admirados de mi nuevo aspecto y orgullosos de que los represente un caballo como seré entonces, me nombrarán su rey.”

Esperó, pues, hasta que llegó el pequeño geniecillo que vivía más allá de la colina, montado en su caballo, cosa que ocurrió en la siguiente luna llena. Aquel caballo del geniecillo era también blanco como la nieve. En sus crines había brillantes piedras preciosas, entretejidas, y tenía el rabo muy corto y adornado con resplandecientes rubíes. Era, realmente, un caballo muy bonito.

—¡Hola, geniecillo!—relinchó nuestro caballo blanco

echando a correr al galope, para ir al encuentro del recién llegado.—Quiero pedirte un favor.

—Lo haré con mucho gusto—manifestó cortésmente el geniecillo.

—Quisiera que me cortases las crines y la cola de igual modo que tu caballo—dijo Pituso.

—Creo que haces mal pidiéndome eso—advirtió su interlocutor.—Podrías arrepentirte.

—Pues lo deseo mucho—hizo saber, secamente, Pituso.—Deseo ser rey de todos los caballos de este campo. Y si me pongo muy elegante y despierto simpatías, ya no serán capaces de negarme nada. Anda, hazme este favor. Ve en busca de tus grandes tijeras y haz lo que te he pedido.

—Bueno, pero te arrepentirás—consintió el geniecillo, cuando se disponía a ir en busca de sus mayores tijeras.

En cuanto estuvo de vuelta, el caballo blanco se puso en sus manos y permaneció muy quieto, mientras el geniecillo le recortaba las crines cuidadosamente, para complacer a Pituso.

—Más cortas aún—exclamó Pituso, impaciente, cuando el otro casi terminaba.—Recórtalas hasta que se queden erguidas, como si fuesen las cerdas de un cepillo. Quiero estar elegante de veras.

El geniecillo accedió y siguió recortando hasta que hubieron desaparecido las hermosas crines, de modo que Pituso sólo tenía a lo largo de su cuello una línea de erguidas cerdas.

—Ahora recórtame la cola—pidió luego el caballo, volviéndose de espalda para facilitar la operación del geniecillo.

—Tienes una cola muy bonita y larga—observó el



## EL GENIECILLO SE ALEJÓ EN BUSCA DE SUS TIJERAS

geniecillo.—Yo, en tu lugar, no me la cortaría. Y estoy seguro de que más adelante te arrepentirás de ello.

—Haz lo que te digo—le conminó Pituso ya enojado.

El genio cortó lo que le decían y la larga cola quedó convertida en un corto plumero. El caballo blanco, en cuanto estuvo terminada la operación, fué a contemplarse en el estanque, a la luz de la luna, y quedó muy complacido de su aspecto.

—¡Estoy precioso!—exclamó encantado.—Todos los demás caballos parecerán sucios y desastrados a mi lado.

A la mañana siguiente, sus compañeros se quedaron

asombradísimos al verlo. Lo rodearon extrañados y él, mientras tanto, se pavoneaba en el centro del círculo.

—¿Verdad que estoy bien?—les preguntó por fin, dando un orgulloso relincho.—¿No soy el caballo más elegante y distinguido que habéis visto en vuestra vida? ¿No querréis nombrarme ahora vuestro rey?

Sus compañeros, a excepción de uno, le contestaron que, en efecto, le permitirían ser su rey. El que no había dicho nada, meneó entonces la cabeza en sentido negativo. Era un caballo viejo e inteligente, que relinchó en tono burlón.

—Es muy posible—dijo luego—que estés muy elegante, pero no es esta la cualidad que hace a los buenos reyes. Es la inteligencia. ¿Acaso tú la tienes? No, caballo blanco, eres el tonto más tonto que he conocido en la vida. Si los demás quieren, pueden ahora mismo nombrarte su rey, pero yo nunca te acataré ni consideraré como tal rey.

—¿Y por qué me crees tonto?—preguntó Pituso, con enfado.

—Ya lo verás en cuanto llegue el verano—le contestó el caballo viejo, mientras se alejaba para pacer una larga hierba que había en el extremo del campo donde estaban.

El caballo blanco se sintió desde entonces muy feliz. Sus compañeros lo seguían y lisonjeaban, diciéndole constantemente, que estaba elegantísimo y que sus crines y su rabo tenían un aspecto muy distinguido.

—¡Ojalá pudiésemos nosotros hacérselas cortar así!—exclamaron.

Y cuando, a la próxima luna llena, llegó de nuevo el geniecillo, todos fueron a su encuentro, rogándole que



EL CABALLO BLANCO SE ESTUVO MUY QUIETO  
MIENTRAS LE CORTABAN LAS CRINES

les cortase, a su vez, las crines y la cola como las de su rey.

Pero, con gran sorpresa y rabia por su parte, el viejo e inteligente caballo acudió al galope al lado del geniecillo y le prohibió que hiciese aquella locura. El geniecillo se enojó por la intervención del viejo caballo y se apresuró a alejarse. De todos modos, hemos de decir que sentíase satisfecho por haberse evitado el enorme trabajo de cortar las crines y las colas de catorce caballos.

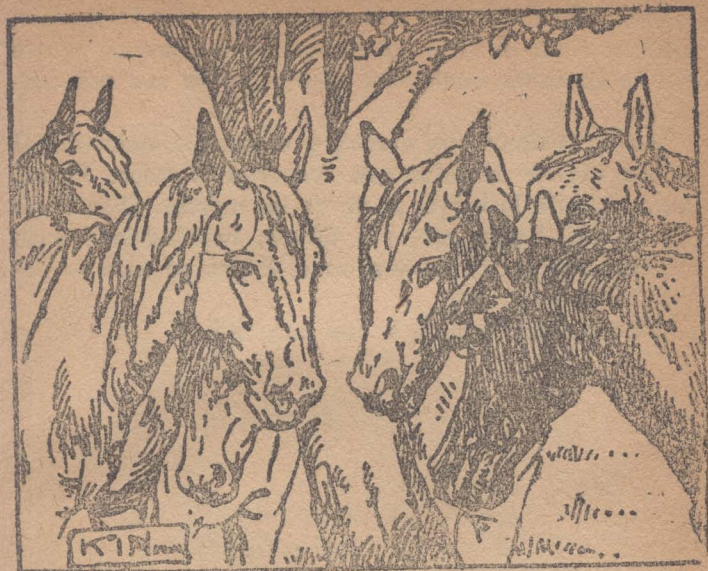
Pero éstos, coléricos a más no poder, quisieron cocear y morder al viejo caballo. Sin embargo, éste relinchó en tono amenazador y los demás cobraron miedo y sintieron que se les aplacaba instantáneamente toda su ira.

—Esperad a que llegue el verano y entonces sabréis si os conviene o no cortaros las crines y la cola—les dijo el caballo viejo.—Si todavía os parece bien, os aseguro que permitiré que me mordáis y me deis coces.

Mejóro el tiempo y no tardaron en llegar las moscas a millares. Zumbaban en torno de los caballos, se posaban en sus ojos y en sus ollares, les picaban en sus aterciopelados costados y en sus patas, enloqueciéndolos casi de furor. Pero gracias a sus largas colas podían, azotándose con ellas, librarse de los ataques de las moscas en el cuerpo. Y merced a que agitaban sus largas crines, ahuyentaban de su cabeza a tan molestos insectos.

Un caballo, sin embargo, no podía hacer eso. No tenía crines ni cola larga, de manera que no le era posible librarse de los ataques de las moscas. Era el elegante Pituso, que estaba muy triste y no paraba de agitar sus orejas y la piel de sus costados, así como de pa-





## LOS CABALLOS ELIGIERON POR REY A SU VIEJO COMPAÑERO

tear, con objeto de librarse de las moscas que lo acuciaban por doquier.

Entonces empezó a darse cuenta de la prudencia de las palabras del caballo viejo. ¡Cuánto deseó no haberse cortado las crines ni la cola! Y además de triste, como decimos, estaba desesperado por el tormento que se veía forzado a soportar.

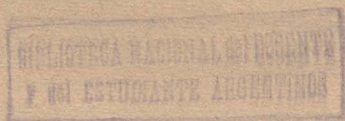
Además, los otros caballos le decían al ver que no podía librarse de las moscas:

—¡Bonito rey estás hecho! Bien nos aconsejabas que imitáramos tu estupidez. De haberte hecho caso, esta-

ríamos ahora como tú. No mereces ser rey. En cambio, nombraremos al viejo caballo soberano nuestro, porque fué lo bastante inteligente para saber lo que nos convenía.

Así lo hicieron, en efecto, y el caballo viejo ordenó a sus nuevos súbditos que rodeasen al pobre Pituso, para quitarle la mayor parte de las moscas. Ellos lo hicieron así, hasta que, por último, habiéndole crecido nuevamente las crines y el rabo, Pituso no tuvo ya necesidad de su auxilio.

Pero aquella lección le fué muy útil.



Solución del laberinto misterioso  
de la semana anterior

# COLECCION MARUJITA

también se presenta en



Edición

Encuadernada

para los niños que deseen conservar en sus bibliotecas los tomitos que la componen.

Son hermosos volúmenes encuadernados en cartóné, con una hermosa portada en colores, y conteniendo cada uno cinco números correlativos de **Colección Marujita**, con unos **veinte** cuentos en total y 160 páginas de lectura.

PRECIO DE CADA TOMO: \$ 1.—



EDITORIAL MOLINO ARGENTINA

# LIBROS DE FABULAS

---



Las más completas colecciones de fábulas de los consagrados maestros del género. Excelentes artistas han ilustrado estos libros que llevan un dibujo por cada fábula.

## Publicados:

- 1—FABULAS DE SAMANIEGO.
- 2—FABULAS DE IRIARTE.
- 3—FABULAS DE ESOPHO.
- 4—FABULAS DE LA FONTAINE.
- 5—FABULAS DE PRINCIPE.
- 6—FABULAS ESPAÑOLAS.
- 7—FABULAS AMERICANAS.

**PRECIO DE CADA VOLUMEN: \$ 2.50**



Pídalos en kioscos y librerías y si no los encuentra, solicítelos enviando su importe en giro postal o estampillas a:

---

MIGUELETES 1023

BUENOS AIRES

---